

Justicia histórica para un héroe desconocido

Rogelio Montesinos
Historiador y politólogo
La Habana, Cuba

De tal manera amenazó los cimientos mismos del régimen colonial y esclavista, que José Antonio Aponte se convirtió en la encarnación suprema del mal. “Es más malo que Aponte”, repetían españoles y criollos esclavistas cuando querían señalar a alguien como un peligro indeseable,

Durante el siglo XX la figura de Aponte fue reducida prácticamente al olvido. Cualquier hecho o acontecimiento de mucha menos envergadura tenía más visibilidad en las referencias historiográficas y en el conocimiento popular que la epopeya que en 1812 generó un movimiento cuyo alcance debe ser valorado para hacer un justo balance de las particularidades de los ambientes y alineaciones políticas de la Isla en un momento crucial de la historia americana.

Lejos de los textos encargados de “enseñar” la historia patria, sin haber merecido nunca un filme —documental o de ficción—, una obra de teatro o una serie televisiva, José Antonio Aponte es como un fantasma que gravita envuelto en el nebuloso manto de la omisión y las manipulación, que nos demuestran en qué medida el fundamento racista en que se asientan nuestras relaciones sociales tienen

carácter supra temporal y supra ideológico. Varias generaciones de historiadores hemos salido de las aulas universitarias sin conocer una palabra de este y otros hechos protagonizados por los cubanos negros que son de capital trascendencia para nuestro devenir como nación.

A mediados del mes de abril, pocos días después de conmemorarse el aniversario 200 de la ejecución de José Antonio Aponte y sus compañeros (9 de abril 1812), quedé perplejo ante la noticia de que en el Acuario Nacional se había instalado una estatua como homenaje al heroísmo de los músicos y el capitán del trasatlántico británico *Titanic*, hundido en el Atlántico norte hace un siglo. Mientras esto sucedía, los cubanos que el pasado 9 de abril acudimos al acto celebrado en el lugar donde fue brutalmente ejecutados Aponte y sus compañeros —a pocas calles de la otrora casa de campo de los gobernadores españoles y en lo que hoy es una de las más populosas esquinas de La Habana— fuimos presa de la más profunda frustración al comprobar que el esperado y anunciado monumento a Aponte continúa siendo una promesa incumplida.

¿Por qué no reconocer a Aponte como el Padre de la Patria? Su movimiento no fue la manifestación de hacendados criollos, esclavistas con inequívocas preferencias anexionistas y descontentos por las imposiciones coloniales, quienes manifestaron evidentes rezagos racistas aun en la contienda independentista. 66 años antes del campanazo de La Demajagua, Aponte estructuró un movimiento de liderazgo horizontal, en el que participaban negros y mestizos libres y esclavos, cubanos blancos pobres y acaudalados; una organización militar con capacidad de autonomía territorial, colaboradores e información dentro de la estructura militar colonial y ramificaciones en el exterior, fundamentalmente en el Caribe y los Estados Unidos. Contaba con un programa político que promovía la separación de España y la abolición de la esclavitud, así como la participación de todos los cubanos en pie de igualdad en la sociedad post colonial. Este movimiento no era anexionista.

Cuando los criollos iniciadores de la independencia americana todavía juraban fidelidad a Fernando VII, cuando el libertador Simón Bolívar era un esclavista convencido, ya Aponte lideraba un movimiento en el que participaban todos los sectores de la sociedad y con un claro fundamento abolicionista e independentista.

Para principios del siglo XIX José Antonio Aponte era un modelo de los alcances sociales de los negros y mestizos libres de la colonia española. Con cincuenta y cuatro años, Aponte era un relevante líder religioso de origen yoruba y gozaba de una buena situación económica y muy aceptable cultura para la época. En 1782 Aponte había integrado la expedición del General Cajigal, que participó en la guerra revolucionaria de las Trece Colonias de Norteamérica contra Inglaterra.



José Antonio Aponte

Aponte estructuró un movimiento muy bien organizado secundado por hombres como Clemente Chacón, Salvador Ternero, Juan Bautista Lirsundi, Juan Barbieri, Estanislao Aguilar, Francisco Javier, José del Carmen Peñalver y el dominicano Hilario Herrera. Los líderes de la conspiración se movían por todo el territorio para extenderla y fortalecerla. Lograron conexiones y adeptos en Haití, Santo Domingo, Jamaica y los Estados Unidos.

El plan consistía en alzar a los esclavos, tomar algunas fincas azucareras en La Habana y Matanzas, y apoderarse por sorpresa del Castillo de Atarés y del Cuartel de Dragones donde algunos de ellos habían servido y en los que contaban con colaboradores; conocían perfectamente las instalaciones militares españolas y concibieron una estratagema para sorprender a la guarnición del Cuartel de Artillería.

Mientras Aponte preparaba y adiestraba a los hombres comprometidos en el alza-

miento, Juan Barbieri, que utilizaba como seudónimo el nombre del héroe haitiano Jean Francois, organizaba la toma del central Peñas Altas (Guanabo); Hilario Herrera actuaba en la zona oriental de la isla para promover alzamientos de esclavos y tomas de fincas, auxiliado por los negros José Miguel González, Calixto Centelles, Víctor Montalbán, Fermín Robledo y Román Recio, que actuaban en Camagüey, con Blás Tamayo y otros en Bayamo.

A finales de febrero, Aponte redacta proclama de alerta para derribar la tiranía; una copia fue fijada en un costado del Palacio de Gobierno (Capitanes Generales). En este punto álgido de la conspiración y en un ambiente político muy tenso en la metrópoli y sus colonias, uno de los complotados, tal vez aterrorizado por la magnitud del movimiento, denuncia el movimiento.

Tras ser detenidos Cristóbal de Sola junto a Pablo y Juan Benito Valdés, Juan Barbieri, Juan Bautista Lersundi y Francisco Javier Pacheco se alzaron con la dotación del ingenio Peñas Altas el 15 de marzo de 1812. Después de tomarlo y quemarlo, fracasaron en el asalto al ingenio Trinidad, cerca de Peñas Altas, por la delación a las autoridades del padre católico Manuel Durán, quien había recogido la confesión de una de las esclavas del ingenio. El 16, Lersundi informa a los complotados de La Habana de la toma del Peñas Altas y del proyecto de Barbieri de apoderarse de los ingenios Trinidad, Santa Ana y Rosario.

Algunos conspiradores en La Habana comenzaron a dudar del éxito del alzamiento. Aponte, con la seguridad y el valor que lo caracterizaban, logró animar a los más escépticos y planea incendiar las casas de extramuros para desviar la atención de las autoridades españolas, mientras Salvador Ternero y sus hombres atacan el Cuartel de Dragones y Chacón con los suyos, el Castillo de Atarés. Un

mes después fueron detenidos y conducidos a la Real Cárcel Aponte, Ternero, Chacón y Juan de Dios Mesa. De allí fueron remitidos a La Cabaña, donde poco después entrarían Barbieri, Estanislao Aguilar y las dotaciones de esclavos de los ingenios Peñas Altas, Trinidad, El Rosario y Santa Ana, así como los conspiradores de Alquizar y San Antonio de los Baños.

En la casa de Aponte se ocupó un libro de gran tamaño con páginas dibujadas por un joven negro (José Trinidad Núñez) con ayuda del propio Aponte; en sus pinturas se reproducían las murallas y cuarteles de La Habana; los castillos del Morro, Atarés y La Cabaña; los caminos a Regla y Guanabacoa, así como las iglesias, palacios, almacenes y muelles del puerto.

El 9 de abril, sin proceso judicial, fueron ahorcados Aponte, Chacón, Barbieri y Aguilar, todos ellos negros libres; junto a Tomás y Joaquín Santa Cruz, esclavos del ingenio Peñas Altas. Ese día la cabeza de Aponte, en una jaula de hierro, fue puesta en exhibición en Belascoain y Carlos III. Los conspiradores de Camagüey, Bayamo y Holguín fueron detenidos y cientos de ellos ahorcados. Incluso 9 mujeres fueron condenadas a ser flageladas a muerte en la plaza pública.

Hilario Herrera, “El Inglés”, logró escapar a Santiago de Cuba y desde allí embarcó a Santo Domingo, su país natal, donde ese mismo año dirigió la sublevación de esclavos de Mojena y Mendoza.

Los alzamientos en Camagüey y Oriente continuaron; la insurrección negra de la Isla de Cuba había comenzado. Desde el punto de vista de su extensión territorial llegaron a tener ramificaciones comprobadas hasta Camagüey y fuerte compromiso con algunas partes de la región oriental. La conspiración poseía una estructura militar perfectamente organizada, con regiones autónomas cuya eficacia

se demostró después, al emprenderse acciones independientes. Así mismo se contaba con información secreta del gobierno y de algunos cuarteles militares.

La dimensión histórica y política de Aponte, como líder religioso e insurreccional y como artista, sigue siendo disminuida a dos siglos de su epopeya. Reconocerlo y valorarlo en su justa dimensión por adelantarse a su tiempo implicaría transformar radicalmente la perspectiva historiográfica cubana, que antes y después de la revolución de 1959 ha proyectado a los negros cubanos como víctimas y actores secundarios de un devenir histórico siempre manipulado en función de favorecer la imagen e intereses de los sectores hegemónicos.

Debemos seguir batallando para que Aponte, sus compañeros y todos los afrodes-

cendientes ilustres de nuestra historia ocupen finalmente el lugar que les corresponde como protagonistas indiscutibles de la construcción nacional, lo cual constituye un reto enorme, porque a pesar del discurso populista y justiciero, el orgullo, la identidad, la autoestima y el protagonismo político y social de los afrodescendientes constituyen peligros inadmisibles para quienes gobiernan.

Dos siglos después de su epopeya y martirologio, los cubanos sensibilizados y comprometidos con la verdad y la justicia reafirmamos la determinación de contribuir a que las generaciones presentes y futuras no solo conozcan, sino que puedan enorgullecerse del glorioso paso por la historia de Aponte y de otros tantos héroes hasta ahora olvidados.